

Papeles menores, papeles humildes, papeles efímeros, papelotes, etc., en definitiva diversas maneras de designar aquellos impresos que en un momento dado, al igual que sucede con el libro o volumen reciamente encuadernado, y con más o menos lujo, tuvieron como finalidad dar a conocer a terceras personas una información de mayor o menor trascendencia. Las dos primeras denominaciones arriba expuestas se aceptan convencionalmente, no tanto por la importancia de lo que se incorporaba en ese material, sino por el carácter sencillo o modesto de su presentación, tal y como si fuera una persona a la que por su aspecto, indumentaria o pertenencia a una clase o grupo así se le llama.

Esa clasificación, que en la escala social es perfectamente admitida y entendida, también puede ser extrapolada al ámbito de la literatura, pues la pobre vestimenta de las coplas, relaciones, pliegos de cordel, pliegos de aleluyas, folletos, etc., no implica que estos sean, sin más, considerados de inferior condición, en la medida que una cosa es el ropaje y otra lo que en su interior se encuentra, al igual que pasa con las personas, que la de extracción más humilde nos puede dar sabias lecciones de inteligencia, comportamiento y moralidad. En efecto, y por lo que hace a los textos literarios, es la, digamos, insignificancia de su aspecto y ornato, y también su breve paginación, la causa que implica su encuadramiento en las filas de este singular ejército. Se dijo tiempo atrás, pero en referencia a los libros, que su humildad se vinculaba a ser un libro olvidado, de condiciones pobres o vulgares y de autor modesto, pero que no obstante encierra algún interés especial; es decir, una obra de Quevedo de mal papel y tipos revesados será un libro pobre, pero no humilde, al ensalzarlo el nombre de su autor. Precisamente ese aspecto externo depauperado, no tanto los mayores o menores atributos internos, ha motivado que en nuestros días se trate de textos escasamente y mal conservados, pues es evidente que el lector antes lanza al